

EL DOMINGO

El día del Señor

El Domingo es para la mayoría de la gente el día de descanso. Se está libre del peso de la "monotonía" del trabajo cotidiano.

Para los cristianos, además, es un Día muy especial. En rigor es el día más importante e insustituible de la semana. ¿Por qué? Porque en ese día "recordamos y celebramos" el mayor acontecimiento de nuestra fe: **la Resurrección de Jesús**.

En los evangelios constatamos que la resurrección de Jesús fue el "día después del sábado" (Mt 28,1; Mc 16,1; Lc 24,1; Jn 20,1).

Desde el principio, este día de la semana se convirtió para los cristianos en el día de su reunión (1 Cor 16,1; Hech 20,7; Jn 20,19.26). Aparece en el Nuevo Testamento y en otros escritos con diversos nombres: se lo llamó "el día primero de la semana"; "día siguiente al sábado"; "el día octavo"; "día primero", y "día del sol". Es una interesante curiosidad que algunos idiomas modernos hayan conservado este antiquísimo nombre: *día del sol*. En alemán: *Sontag*; en inglés: *Sunday*.

Finalmente se impuso el nombre "día del Señor" (en latín "*dies dominica*", de donde viene nuestro domingo).

Este es el significado del domingo: Por eso cada domingo es una "**Pequeña Pascua**".

Cada uno de nosotros, las familias, los países, tenemos fechas especiales que necesitamos recordar: el cumpleaños, el aniversario de bodas, el fallecimiento de un ser querido.... Los cristianos, desde sus orígenes, sintieron la necesidad de recordar y celebrar el máximo acontecimiento de nuestra fe; la **Resurrección de Jesús**. Vieron que ese acontecimiento era tan absolutamente único que resolvieron celebrarlo no de tanto en tanto, sino cada semana, precisamente el "primer día de la semana", el "día del Señor", el domingo.

Como la manera más perfecta de celebrar a Jesús es reproducir lo que "él nos mandó hacer en su memoria", el eje de la fiesta dominical fue siempre la celebración de "*la Cena del Señor*" o "fracción del pan" (también se la llamó "*Eucaristía*" y nosotros acostumbramos a llamarla "misa").

Por ser una "**Pequeña Pascua**", el domingo nos invita a la alegría pascual. Cada domingo (¿cada día?) debemos despertar con el grito del salmista: "Este es el día que hizo el Señor; alegrémonos y regocijémonos en él". (Te recomiendo deleitarte con todo el salmo 118 (117) y rezarlo como preparación a la misa).

La Iglesia nos enseña que por celebrarse la Resurrección de Cristo, ese día los fieles deben reunirse para que, **oyendo** la Palabra de Dios y **participando** en la Eucaristía, se acuerden de la pasión, de la resurrección y de la gloria del Señor Jesús, y den gracias a Dios....

Por eso, el domingo es el día de fiesta primordial.... de suerte que se convierte también en día de alegría y de cesación del trabajo.

El domingo, día de la Eucaristía

Para muchos cristianos el domingo es el día en que "*hay que ir a misa*" y a eso se reduce el domingo.

Otros cristianos conciben el domingo como el "*día semanal de descanso*" y el "*día semanal para dedicarse a la familia*", despreocupándose por completo del "*día del Señor*".

No son pocos los cristianos que participan habitualmente de la eucaristía y atienden el descanso y la familia. Pero, por diversos motivos, no han descubierto el clima alegre y festivo que debe animar la "*celebración*" del día del Señor.

La Iglesia nos propone vivir el domingo "*en plenitud*". Lo iremos viendo.

En el corazón del domingo cristiano está la eucaristía. *¡Nada más lógico!*

El culto cristiano al Padre Dios se sintetiza en "**recordar y celebrar**" el misterio pascual de la muerte y resurrección de Jesús. Los cristianos no tenemos otra mejor manera de alabar a Dios que ofrecerle permanentemente a Jesús, Hijo suyo y hermano nuestro, Muerto y resucitado por nosotros. Esto ocurre, sacramentalmente en la celebración eucarística que llamamos misa.

Es tanta la importancia insustituible de esta alabanza al Padre que la Iglesia celebra la misa todos los días, en cualquier tiempo y lugar. Pero de una manera especial el "día del Señor: domingo", "**para vivir más intensamente la pascua de Cristo**".

Si cada vez que nos endeudamos encontráramos a alguien que pagara por nosotros, saltaríamos de alegría y saldríamos corriendo a su encuentro. Cristo está "*pagando*", en cada misa, "*nuestras deudas*"; tomó nuestro lugar en la cruz y lo sigue haciendo en cada misa. ¿No deberíamos saltar de alegría y salir corriendo a su encuentro?

Ese nombre de "*misa*" es poco feliz porque no nos indica "el contenido", "la significación" de ese acto litúrgico. Conviene acostumbrarse a llamarlo celebración eucarística. En los primeros siglos se la llamó "**fracción del pan**"; "**cena del Señor**"; "**eucaristía**".

No sólo ahora muchos cristianos descuidan "santificar" el día del Señor con la eucaristía. En el siglo IV ocurrió lo mismo cuando masas enteras se convirtieron al cristianismo sin una deseable evangelización.

La Iglesia, "**madre y maestra**", quiere ayudar a sus hijos a permanecer en unión con Dios; en el seguimiento de Cristo y en comunión con los hermanos que forman la Iglesia. Este es el sentido que tiene el "**precepto**", la "**norma**", la "**obligación de participar con regularidad en la celebración eucarística los domingos y días festivos**". (¡Cuántas cosas les mandamos a nuestros hijos por esa mismísima razón: ayudarlos a crecer, a ser mejores!).

Quien, sin razón suficiente, deja de asistir a la celebración dominical de la eucaristía, prescinde de lo que constituye el centro de la vida cristiana; se aleja de la comunión de los creyentes y, de hecho, va rechazando la oferta de Dios que quiere acercarse a él a través de su palabra y del cuerpo y la sangre de Jesús, comete así una falta seria ante Dios y ante la comunidad.

Si en el corazón del domingo cristiano esta la eucaristía, ¿es razonable ir a ella "porque está mandado"? ¿Que alabanza al Padre puede ser esa?

Hay que enamorarse de Jesús para "extrañar" a Jesús y "salir corriendo" a su encuentro.

El domingo, día de la convivencia y de la caridad

- "Cada uno por sí y Dios por todos"
- "Cada uno en su casa y Dios en la de todos".

Hay cristianos que creen poder "salvarse solos", que les cuesta descubrir el sentido comunitario de la Iglesia.

La liturgia de la Iglesia no es un "espectáculo", ni un "recital". En ella no hay "público". Todos somos "actores"; todos somos "protagonistas". En ella todos deben desempeñar su propio "papel".

Algunos son llamados a representar a Jesús, presidiendo. Otros se ponen al servicio de la comunidad ejerciendo diversos ministerios. Pero todos, sin excepción, están llamados a participar, a ejercer el sacerdocio de todo el pueblo de Dios.

Ya hablamos del valor de la asamblea. Dijimos allí que no nos resulta fácil superar el individualismo. Sin embargo, Cristo formó una "congregación" de hermanos, hijos de un mismo Padre. Todos debemos hacer el esfuerzo por redescubrir a la Iglesia como comunidad, como familia, donde todos sintamos que "formamos un solo cuerpo en Cristo y somos miembros los unos de los otros" (Rom.12,5).

La celebración del domingo mediante la "reunión", la asamblea, la convivencia, manifiesta al mundo y hace tomar conciencia a los cristianos de la unidad y solidaridad que Cristo imploró para nosotros: "Padre santo, cuida en tu nombre a aquellos que me diste, para que sean uno, como nosotros" (Jn. 17,11).

San Ignacio de Antioquia pareciera hablarnos directamente a nosotros cristianos del siglo XX:

"Hagan todo en común: una sola oración, una sola súplica, un solo espíritu, una sola esperanza en la caridad, en la alegría irreprochable: eso es Jesucristo. Corran todos para reunirse en un solo templo de Dios, alrededor de un único altar, en el único Jesucristo, que ha nacido del Padre, que estaba en él y que ha ido hacia él".

Este sentido de comunidad eclesial ha de impregnar también esa "pequeña iglesia doméstica" que es la familia. Por eso es importante el descanso dominical, hacer un paréntesis en el trajín, muchas veces "alocado", de todos los días, y dedicarse a la convivencia, la familiaridad, la amistad, las obras caritativas y apostólicas.

Nos consta que los primeros cristianos aprovechaban el encuentro semanal para expresarse mutuamente los sentimientos de fraternidad, pidiéndose perdón por las ofensas, dándose el beso de la paz y compartiendo lo que tenían para que "nadie pasara necesidad".

¿Habrá "pasado de moda" esta "fórmula" de celebrar la resurrección de Jesús?

Muchos cristianos demasiado preocupados por "cumplir con el precepto" deben advertir que el Señor nos pide mucho más que satisfacer una "formalidad".

¿No queda nadie en casa, en el trabajo, en el barrio a quien debemos pedirle perdón? ¿No hay nadie a quien debemos atender, acompañar en su soledad, llamarlo por teléfono, invitarlo a comer, irlo a visitar? ¿Puede haber eucaristía sin fraternidad? Jesús nos quiere unidos, "reunidos" y solidarios.